

TRADICION Y FUTURO

Bella y noble en extremo resulta la empresa de reunir en una meditación fecunda, tradición y futuro. Es una empresa que se nutre de paradojas y solamente a la luz de las paradojas nos resulta inteligible. Es, esencialmente, empresa del espíritu, y por lo tanto, en contradicción con la aparente antinomia de los términos que la componen, es empresa revolucionaria, de auténtica libertad y de progreso desplegado hacia horizontes también libres de trabas mentales y de dogmatismos.

Lo cierto es que al hombre le resulta muy difícil vivir en el presente. Quien se ha ocupado de la crisis de nuestro tiempo ha reprochado precisamente este pecado al hombre contemporáneo. El pecado de vivir «sub specie instantis», en pleno actualismo, sin una verdadera capacidad de revalorizar su pasado y de proyectarse hacia un porvenir fecundo. Sin embargo, esta perspectiva, bastante pesimista en cuanto al destino del hombre de nuestro tiempo, perspectiva en cierto modo característica de la filosofía vitalista, no nos parece una perspectiva cierta. En nuestra época, como en casi todas las épocas dinámicas de la Historia, sean ellas épocas de crisis o tiempos de esplendor, tradición y futuro, siguen siendo la auténtica perspectiva de los hombres que en la Historia se mueven y que son poseedores de una conciencia histórica. «Es un error el creer que los pueblos y las sociedades viven en el presente. El presente es algo apenas asequible. En realidad, se vive en la fuerza del pasado y en la atracción del porvenir» (Berdiaev). Lograr reunir, por lo tanto, en una fecunda idea, tradición y futuro, pasado y porvenir, significa de por sí penetrar en el secreto de la dinámica humana, espiritual, política y social. Esta dinámica se esclarece, como decíamos, a la luz de la paradoja. A esta luz, muchos términos admitidos como corrientes, muchos dogmas aceptados y verdades de consumo habitual, pierden sus perfiles, a medida que nuestro espíritu penetra la verdad de las cosas con renovado sentido, con libertad recuperada, en el ritmo palpitante de las nuevas significaciones.

Conviene en este sentido, y en primer lugar, recuperar el significado de la palabra tradición. Ahora bien: para llevar a cabo esta recuperación se

necesita un horizonte moral adecuado, un ambiente donde esta recuperación de los significados sea posible. En este horizonte y con este ambiente tendremos grandes sorpresas y comprobaremos que el auténtico sentido del vocablo que manejamos no nos lo dan ni los diccionarios de la lengua, ni los editoriales de los periódicos. Este horizonte, este ambiente y estas sorpresas están a nuestro alcance precisamente aquí, en España, donde la tradición es algo más que un vocablo de diccionario o motivo de tema periodístico, sino una realidad tan viva, tan penetrante, de tan vital actualidad, que de ella se viene teniendo desde hace más de un siglo, modernamente, actualmente, una conciencia intelectual, y en torno a ella se produce un fenómeno aún más importante, si cabe algo más importante que tener una auténtica conciencia intelectual de una cosa. Este algo más importante es que se trata de una realidad, una verdad, por la cual los hombres están dispuestos a dar testimonio. Una verdad a la cual acompañan testigos vivientes. Una realidad que tiene mártires. Ahora bien: una realidad, una verdad que tiene mártires; a saber: testigos que dan testimonio por ella con la vida, es lo que se llama en términos de hoy, en términos modernos, una realidad revolucionaria. Es éste un primer punto en que tradición y futuro viven en una conexión íntima. Una conexión revolucionaria, aceptada en términos libres y desplegada en un sentido de libertad. Dar testimonio es, en efecto, un acto de profunda, de auténtica libertad. Quien es capaz de dar testimonio de la tradición con su vida, con las energías de su ser, es el que logra igualmente proyectar la tradición sobre el futuro y así, actualizarla, vivificarla, convertirla en fuerza operante y dinámica. Por todo ello, Unamuno, que creía sinceramente en este poder revolucionario de la tradición, en la cual veía «un concepto vivo, fecundo», una realidad eterna, una forma de auténtica entrega espiritual, propugnaba al mismo tiempo este proyectarse de la tradición viva sobre los horizontes vivos del porvenir. «Robinsones llenos de fe, de esperanza y de amor: dejemos el viejo suelo que nos osifica el alma, y llevando en ésta el viejo mundo concentrado, su civilización hecha cultura, busquemos las islas vírgenes y desiertas todavía, preñadas de porvenir y castas, con castidad del silencio de la Historia, las islas de la libertad, radicantes en la santa energía creadora, energía orientada siempre al porvenir; porvenir, único reino del ideal.»

Los tiempos en que vivimos han sido definidos como tiempos de crisis, y sobre todo, como tiempos de grandes cambios, de profundos cambios revolucionarios. Ahora bien: más hondo es un fenómeno revolucionario cuanto más adentro penetra en las implicaciones psicológicas de los hombres, en sus cambios de mentalidad, en lo profundo de su ser mismo. Precisamente en estos tiempos revolucionarios el hombre hace una serie de descubri-

mientos que despliegan su ser en el campo de la tradición. Todo cambio revolucionario, sea de naturaleza espiritual, sea simplemente en el dominio de las transformaciones políticas y sociales, lleva a un enfrentarse del hombre consigo mismo, con su pasado, con las zonas más recónditas y misteriosas de su ser. El hecho ha sido patente en los grandes procesos revolucionarios. Analizando la psicología de masas, Gustave le Bon descubría, con ágil inteligencia, el carácter tradicionalista de las masas. En parte, la tesis ha sido confirmada por Freud, y en otro sentido, por los críticos de las revoluciones modernas. De Maistre, Albert Sorel y Alexis de Tocqueville han puesto en su día de manifiesto el peso de los valores tradicionales en el curso de la Revolución francesa. La fuerza de estos valores hacía que el proceso revolucionario se consumiera en una dirección sorprendente y se constituyera en el único camino viable para que precisamente aquellos valores se vivificaran, y se actualizaran, y se proyectaran hacia un porvenir dinámico. Para De Maistre, quien consideraba a la Revolución un fenómeno «satánico», monstruo de poderío, «sediento de sangre y de éxito, fenómeno espantoso que jamás se había visto, y que, sin duda, jamás se volverá a ver», aquello era «un castigo terrible para los franceses», pero al mismo tiempo «el solo medio para salvar a Francia». Las esencias mismas de la tradición hacían que la Revolución llevara en sí implícitos los principios de la contrarrevolución y que fuera esto el arquetipo de todo esquema revolucionario en el futuro. A su vez, Albert Sorel definía así, en líneas generales el proceso en su libro *L'Europe et la Révolution française*: «El espíritu nacional altera rápidamente el carácter universal de los principios. Mientras se discursa se puede permanecer en lo vago, en las deducciones, en la metafísica. Cuando hay que actuar se entra en la realidad; a saber: en la *historia de Francia*.» Tocqueville nos enumera la enorme realidad de las cosas del *ancien régime* que perduran y se fortalecen a través de la Revolución. En la misma idea abunda Berdiaev al analizar el proceso de la revolución comunista. «La vida —nos viene a decir Berdiaev— es progreso, pero el pasado continúa viviendo. El pasado no se destruye, y si por un azar llegara a ser completamente aniquilado, no podría ya existir el progreso. No se puede destruir sino un pasado muerto, falso, corrompido, dañino a la evolución de la vida, pero no lo que es viviente y precioso y adquirido para la eternidad. La evolución de la vida implica que el sujeto de esta evolución siga viviendo. En la cuestión que nos interesa, el que vive es el pueblo ruso, con su historia milenaria. La revolución que de un modo inevitable debe destruir tantas cosas pretende "hacer tabla rasa del pasado"; pero, en realidad, esto es imposible. Las revoluciones son infinitamente más tradicionales de lo que se acostumbra a creer.»

Decíamos antes que el hombre contemporáneo ha llegado a una situación en que se enfrenta consigo mismo, en un campo que le era vedado al hombre de otros tiempos. Es éste, acaso, lo más revolucionario entre las revoluciones de nuestro tiempo. Con ello nos colocamos de repente en el campo de la psicología, donde acaso podamos encontrar las explicaciones de los cambios más importantes que se producen en nuestra vida. Un campo en el cual tradición y futuro se dan la mano, se comprenden o chocan a través de antinomias vivientes que convierten nuestra vida en una realidad de veras dinámica, de veras tensa hacia un porvenir lleno de promesas y de temor, de esperanzas y de inseguridad. Campo, sin duda, en el cual la tradición misma, redescubierta, renovada, actualizada, se puede convertir incluso en tradicionalismo o hasta en arcaísmo, y el porvenir vuela sobre las alas inciertas del futurismo en sus más calidoscópicas manifestaciones. Carl Gustav Jung llega a proclamar que nuestro siglo desea por encima de todo volver a hacer una experiencia primera: la experiencia del alma. Una experiencia inédita, ésta, ignorada por los siglos pasados, experiencia típica de la conciencia moderna, que quiere apartarse de las realidades exteriores de índole material y volver a «la realidad subjetiva interior», al mundo de la psique, al cual se le toma de verdad en serio, con sus razones de claridad, pero al mismo tiempo con su vasta realidad de fuerzas misteriosas y oscuras, pero dotadas de inmensas energías creadoras. Se trata de un auténtico retorno al pasado. «Negar el pasado y no tener conciencia sino sólo del presente sería pura mentira. *Hoy tiene sentido solamente lo que permanece entre el ayer y el mañana.* El hoy es un proceso, una transición que se aleja del derecho de llamarse moderno.» El alma había sido siempre una simple partícula de un sistema metafísico. La conciencia moderna ya no puede prescindir del conocimiento del alma. En ello, nuestra época se distingue de todas las demás. No podemos negar ya que las oscuras realidades del inconsciente son energías eficaces, fuerzas psíquicas no integrables en orden alguno conocido antes. Ellas son para nosotros como una camisa de «Nexus», de la cual no nos podemos despojar ya... Quizá el arte —el expresionismo y el surrealismo— y la literatura se hayan percatado de esta realidad incluso antes que la filosofía. El enorme despliegue de las fuerzas humanas en la realidad exterior, despliegue condicionado por el industrialismo, el fenómeno de masas, la aparición de la técnica y su presencia en nuestro destino, la aceleración del ritmo de la Historia, la conciencia misma de que el hombre es un ser poderoso, un nuevo titán, un super-hombre en sus nuevas relaciones con el universo, han contribuido por un fenómeno de polaridades típico en toda transición dinámica de la Humanidad, a que el hombre descubra en sí mismo estas

antiguas, primordiales, latentes fuerzas de su propia alma. A esta inquietud se debe el hecho de que nuestra época, tensa hacia el futuro con todas sus fuerzas, haya llevado a cabo un gran esfuerzo por descubrir la imagen psíquica y humana del hombre primitivo y que entre nosotros hayan florecido con nuevo vigor mitos y arquetipos, frutos no ya de la imaginación irracional, sino de la meditación y del estudio pausado y sereno.

He aquí cómo la psicología actualiza la tradición. La psicología de hoy valora la autoconciencia de la tradición operante en el hombre contemporáneo. El fenómeno tiene consecuencias insospechadas. El proceso del arte nos ofrece, en este sentido, un campo de observación vastísimo. El arte contemporáneo vive una singular aventura, una sin par aventura. Sería sobremanera significativo ver hasta qué punto el arte contemporáneo se constituye en vehículo de cara a las grandes masas populares, en qué medida busca realidades originarias, por una serie de implicaciones suyas que, según nuestro modo de ver, han sido escasamente puestas de relieve. Y era natural que así ocurriese: a saber: que el arte de nuestro tiempo, un arte revolucionario, hecho de rebeldías, de transgresiones totales, de arranques nihilistas, se convirtiera en una imagen, pura y primordial a veces, de las más auténticas y libres, del genio del pueblo; concepto tal exaltado por el romanticismo en su abigarrado dogmatismo creador. Más de una vez el arte contemporáneo, en su deseo de tocar máximos límites de objetividad, de romper los perfiles de la realidad con el fin de alcanzar una realidad última y en ciertos casos primigenia, llevaba a cabo inmersiones radicales en las fuentes de la creación popular para justificar y llenar con ellas sus tendencias evasivas hacia un universo abstracto, cerebral, completamente depurado después de generaciones y generaciones de creación objetiva. No a otra cosa responde, por ejemplo, el hecho de que los surrealistas no sólo buscan la esencia de la realidad allende la realidad misma, en una verdadera hazaña fenomenológica, y agregan a su producción creaciones de los pueblos primitivos, y que genios situados en la vanguardia de la creación contemporánea, como Bela Bartok, en la música, o Constantin Brancusi, en la plástica, sean en lo más auténtico y grande y noble de su creación imágenes actuales, vivas, sin realidades intermedias, del genio del pueblo en cuyas fuentes directas se inspiran no sólo la sustancia, sino los modos formales de sus producciones respectivas.

Podemos observar aquí cómo tradición y futuro logran una síntesis feliz, aquella deseable transfiguración que Toynbee considera solución ideal en toda época de crisis. Claro está que, en la dialéctica de Toynbee, tradición y futuro dejan de tener el aspecto que antes perfilábamos. Toynbee los coloca en pleno proceso de crisis: la crisis del cisma en el alma, y en esta perspectiva dejan de ser tradición y futuro, elementos dinámicos y ope-

rantes, para convertirse en arcaísmo y futurismo. El marco adecuado de estos dos «ismos» es el marco de las evasiones, el horizonte de la utopía. Sin embargo, entre tradición y futuro, desplazados a sus posiciones críticas de evasión en arcaísmo y futurismo, la unidad ontológica perdura.

Ambos son, en realidad, esfuerzos dramáticos por romper con un presente insoportable y triste, «refugiándose en otro mundo, sin abandonar con ello el plano de la realidad terrestre». El arcaísmo Toynbee lo define como actitud pasiva; el futurismo, actitud activa. Arcaísmo-futurismo es el movimiento característico del conocimiento, búsqueda de un universo utópico, restituible a la vida real. Se puede definir el arcaísmo como «mimetismo de las personalidades contemporáneas» con el universo de los antepasados, una caída estática en un universo primitivo, una detención en el movimiento dinámico de una comunidad. En cambio, el futurismo rechaza todo mimetismo, todo intento de imponer los cambios por la fuerza; las revoluciones, condenadas fatalmente a caer en las reacciones. «El sistema de los arcaístas, igual que el de los futuristas, es una utopía en el sentido literal de la palabra... El futurismo, en su paroxismo trágico, se muestra satánico.» Tanto uno como otro puede acabar en el *pandemonium de la violencia*. Ejemplo de actitud arcaísta: el de Catón. Revolución arcaísta: la de Tiberio Gracchus. Forma de futurismo: toda visión apocalíptica. Con estas formas degradantes y críticas de la tradición y el futuro, cuya solución Toynbee ve en una posible síntesis transfigurante, superadora de la crisis, nos encontramos ante la esencia misma de la utopía: el retorno nostálgico hacia un paraíso perdido y fuga hacia un mundo imaginario de bienaventuranzas futuras. La primera actitud la considera Toynbee, con todo, más conforme a la naturaleza humana. «De ahí que el esfuerzo psicológico se demuestre más prodigioso en el caso del futurismo que en el del arcaísmo. Las almas que han buscado el camino en el arcaísmo y han sido decepcionadas han reaccionado a veces lanzándose en el futurismo... El alma que desespera del presente, sin que por ello renuncie a su inclinación por la vida terrestre, se vuelve primero hacia el pasado. Sólo cuando haya tentado en vano y haya rechazado esta posibilidad de refugio en el arcaísmo, el alma se vuelve en dirección opuesta, menos natural en el hombre: el futurismo.»

En realidad, la lucha tiene lugar en el hombre. El hombre viejo y el hombre nuevo. El viejo y el nuevo Adán. «Tras el hombre nuevo se halla disimulado no sólo el hombre eterno, Adam Kadmon, sino el hombre viejo, el viejo Adán. En el subconsciente, en el fondo del hombre, existe el hombre primitivo, aún sin dominar, y toda la Historia. El poder del pasado sobre el hombre subsiste en las revoluciones más radicales» (Berdiaev). La

misma conciencia del progreso, incluso el mito del progreso, se rige sobre este esquema de la realidad. La idea del progreso es inconcebible sin esta síntesis ideal entre pasado y porvenir. Pasado-presente-porvenir aparecen, sea bajo la luz de una síntesis o una transfiguración, sea como una parábola inseparable, indiferenciada, como en la célebre forma existencialista de Martin Heidegger: *Gewesend-Gegenwärtigende-Zukunft*. Pero al mismo tiempo, pasado y futuro adquieren una unidad trascendente superior, fruto de trágicos antagonismos, pero transfiguración última en el plano de lo eterno.

Entre tradición y futuro, una síntesis fecunda y creadora es siempre posible. Nuestro tiempo necesita esta síntesis, esta unidad profunda. Sin ella, muchos de los graves problemas que se le plantean no tendrían solución adecuada. No sería posible una solución adecuada en las graves relaciones entre el hombre y el mundo de la técnica. No sería alcanzable un nuevo, necesario humanismo, que no puede ser sino un humanismo de la libertad. No sabríamos dónde nos llevarían las perspectivas planetarias del hombre actual, los caracteres cósmicos de nivelación fatal, de la cultura del mañana, la nueva conciencia del hombre, conciencia titánica por excelencia; los nuevos mitos operantes en la vida de hoy, las tendencias del mundo hacia una gran unidad política y social. Quien se inquieta de verdad hoy en día por las relaciones entre el hombre y el mundo de la técnica se siente tentado, como Heidegger, a volver a los orígenes de nuestra cultura y buscar la solución en la *Aletheia*, la revelación de la verdad, y en la *Poiesis*, la creación por excelencia. Quien busca una salida hacia nuevas perspectivas del humanismo técnico en un humanismo de la libertad intenta recuperar los valores primigenios de la libertad: el libre albedrío del hombre, esencia primera y última de su propia libertad, su forma más pura e inequívoca, la que reside en el verbo, en lo que era al principio, no en un principio cronológico en sentido absoluto, sino un principio absoluto en el sentido de una primordial pureza.

El hombre ha llegado a poseer la conciencia de un poder titánico, inédito en la Historia. Pero esta misma conciencia provoca en él una trágica incertidumbre en cuanto al porvenir, en cuanto a su propio futuro. ¿Podrá acaso dominar sus propias fuerzas? ¿Podrá frenar sus propias posibilidades? ¿Podrá pesar convenientemente sus propias decisiones? ¿Podrá ser dueño y señor de esta hora de gestación a la cual él asiste y de la cual es en gran parte protagonista único y sin igual? ¿Podrá enfrentarse con los peligros sin fin de su propia época y sobre todo el futuro, según síntomas incontrovertibles, le depara? A medida que el hombre se plantea todas estas preguntas surgen en su espíritu imágenes primordiales, ecos del pasado. Mientras el futuro nos arrastra con su ritmo impetuoso, el pasado nos ofre-

ce nueva firmeza, nueva seguridad, nuevas esperanzas. En contacto con nuestro propio pasado, a saber, con nosotros mismos, nuestra esperanza renace. Esperanza que no es fácil optimismo, ni conciencia de un poder enorme que se nos brinda, sino posibilidad de plenitud en nuestra condición de hombres, con nuestros límites, con nuestras imperfecciones, con nuestra esencial libertad.

Mientras nuestro propio pasado esté vivo en nosotros, presente en el sentido más literal del término, sobre nuestro futuro la esperanza proyectará una luz limpia y purificadora. Ha habido otras épocas, de crisis e incertidumbre como la nuestra, en las cuales el hombre buscaba la plenitud y la unidad, como la buscamos nosotros en tantos aspectos de nuestra existencia. Pero entonces al hombre le faltaba la esperanza. Hoy, en cambio, creemos que esta esperanza renace fuerte en nosotros mismos. Ella nutre nuestra fe en las virtudes esenciales de la libertad, la fe en nuestras posibilidades humanas y en nuestro destino. Fe profunda en la verdad. Porque «la verdad nos hará libres», libres de verdad, en la verdad por la verdad. Libertad en la verdad. He aquí el grande, el verdadero drama de nuestro siglo. Se habla de libertades, se quiere instituir y actualizar la libertad multiplicada, en una suma de pequeñas libertades, a las cuales se les llama concretas, pero que son simple producto mental de una gran abstracción, fuera de la verdad. Pero la esencia de la libertad está en la verdad misma. Solamente a través de la verdad la libertad puede encontrarse a sí misma, salvarse de tantas y tantas confusiones y caídas. Esta quisiéramos que fuese la síntesis ideal, nuestra, vivida en nuestro permanente encuentro con nosotros mismos, entre tradición y futuro, dimensión de nuestro quehacer humano, impulso de toda nuestra transfiguración trascendente.

JORGE USCATESCU